

EL CONCEPTO DE “LO POPULAR” EN LAS CIENCIAS SOCIALES EN CHILE: DE LA TEORÍA DE LA MARGINALIDAD A LAS INDIVIDUALIDADES POPULARES (1950-2000)

THE CONCEPT OF “THE POPULAR” IN THE SOCIAL SCIENCES IN CHILE: FROM THE THEORY OF MARGINALITY TO POPULAR INDIVIDUALITIES (1950-2000)

Durán-Pereira, Andrés *

RESUMEN

El presente artículo examina tres escenas conceptuales acerca de “lo popular” en ciencias sociales desarrolladas en Chile: la teoría de la “marginalidad urbana”, el planteamiento “histórico estructural” y la propuesta conceptual de las “individualidades populares”. Se exploran las concepciones de individuo y sociedad que subyacen a cada enfoque, así como las preocupaciones sociopolíticas que las motivan. El análisis de conjunto revela que el significado de “lo popular” varía en función de las claves teóricas y las preocupaciones contextuales de cada propuesta, lo que subraya la necesidad de reconocer estas diferencias para comprender la especificidad que cada una de las miradas comporta, y los desafíos a los que atienden.

PALABRAS CLAVES

Teoría de la marginalidad, teoría histórico-estructural, individualidades populares, ciencias sociales

Recibido: 25 de septiembre 2024.

ABSTRACT

This article examines three conceptual scenes of “the popular” developed in social sciences in Chile: the theory of “urban marginality,” the “historical structural” approach, and the conceptual proposal of “popular individualities.” It explores the conceptions of the individual and society beneath each approach, as well as the sociopolitical concerns that motivate them. The overall analysis reveals that the meaning of “the popular” varies depending on the theoretical keys and the contextual concerns of each proposal, which highlights the need to recognize these differences in order to understand the specificity that each of the perspectives entails, and the challenges that they address.

KEY WORDS

Urban marginality theory, historical-structural theory, popular individualities, social sciences

Aceptado: 10 de diciembre 2024.

* Doctor en Ciencias Sociales Universidad de Chile, investigador de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, andres.duran@uacademia.cl <https://orcid.org/0009-0007-3656-8190>

INTRODUCCIÓN

En ciencias sociales, una de las categorías analíticas que durante mucho tiempo ha funcionado para comprender procesos históricos, formaciones de sociedad, y, en ello, dinámicas de desenvolvimiento de los actores, ha sido la categoría de ‘lo popular’, la que a veces se ha actualizado como marginalidad, otras tantas como problema de posición en la estructura económica, pero también, en otras ocasiones, como modo particular de relación con un mundo cada vez más inestable¹. En tal derrotero, la noción no solamente promovió una visión sobre el modo en que se habita una modernidad latinoamericana siempre compleja, sino que movilizó, desde su emergencia, a los más diversos actores, que se interrogaron y debatieron sobre cuestiones sociopolíticas elementales: intelectuales y religiosos, políticos y dirigentes sociales, se vieron de algún modo convocados a ofrecer una interpretación, cuando no una posición, acerca de los asuntos que ella animaba a pensar. Aquí se enmarcan, desde mediados del siglo pasado, las inquietudes sobre la vida en lo urbano, sobre la integración, el cambio, o la transformación social, sobre el modelo de desarrollo, sobre la desigualdad social o de trato, sobre el papel del Estado y la política pública, pero también se inscriben los análisis

sobre las consecuencias de los procesos de desinstitucionalización que han dejado sin soportes a los actores.

Si bien, en principio, esta noción nunca intentó hacer inteligible la realidad de vida de todos los sectores de una sociedad histórica, sí lo hizo sobre aquellos grupos humanos más humildes y desfavorecidos de la realidad urbana -la de los pobladores-, recurriendo, en un intento comprensivo, a nociones específicas de sociedad, concepciones particulares de individuo, al mismo tiempo que modos de entender las relaciones que éstos establecen con el mundo que los rodea. En este camino, lo popular, en su concepto, no ha quedado inmune tanto a las múltiples transformaciones sociopolíticas y culturales que han afectado a las sociedades latinoamericanas, como tampoco a los cambios epistémicos que las mismas ciencias sociales han experimentado, por los menos desde la mitad del siglo XX en adelante, tal como lo habría evidenciado el debate entablado por Tomás Moulian y Gabriel Salazar, ya a principio de la década de los 90, respecto de la cuestión del ‘bajo pueblo’²; antes bien, al contrario, en el marco de muy importantes sacudidas histórico intelectuales, la noción ha presentado también sus propios cambios de énfasis, sus particulares resemantizaciones, abrazando y promoviendo, en diversas oca-

-
- 1 Un interesante trabajo acerca de la cuestión popular, tal como se desarrolló en el contexto argentino, es el de Andrea Delfino, quien básicamente pasa revista, concentrada en la categoría de marginalidad, a los planteamientos “desarrollistas”, la “teoría de la dependencia” y las nuevas conceptualizaciones que se han forjado al calor de la sociedad neoliberal. Ver Andrea Delfino, “La noción de marginalidad en la teoría social latinoamericana: surgimiento y actualidad”, en *Universitas Humanística* 74 (Bogotá 2012): 17-34.
 - 2 La revista *Proposiciones*, de Ediciones SUR, recoge en 1991 un interesante debate entre Tomás Moulian, Carlos Ossandon, Maximiliano Salinas y Gabriel Salazar, acerca de la cuestión popular. Establecido el debate en torno al libro *Violencia política popular en las “grandes alamedas”*, de Salazar, los participantes reconocen en la propuesta una importante reflexión sobre el empeño por renovar una ciencia de la historia que pueda presentarse como el saber legítimo del pueblo, al tiempo que alertan sobre las posibilidades de estar ante un nuevo esencialismo epistémico, esta vez desde ‘abajo’. Ver Tomás Moulian, “Historicismo o esencialismo”, en *Proposiciones* 20 (Santiago 1991): 288-289.

siones, nuevos elementos que son al mismo tiempo renovadas formas de hacer inteligible la sociedad que se habita.

Una revisión específica de determinados usos del concepto de lo popular al interior de las ciencias sociales en nuestro contexto nacional, realizada desde un posicionamiento genealógico, nos permite visualizar ciertas diferencias por las cuales ha derivado una noción siempre clave para el pensamiento social, así como los contornos que distinguen las preocupaciones sociopolíticas a las que ha respondido. La perspectiva genealógica que este trabajo asume se fundamenta en los planteamientos de Michel Foucault respecto de la historia y la producción de saberes. Alejados de todo anacronismo epistémico, se recurre al trabajo de análisis de los saberes para examinar los supuestos epistémicos y políticos que mantienen a la base, así como para rastrear las condiciones de posibilidad de enunciación en tanto que discursos legitimados al interior de determinadas epistemes³. En ese sentido, el presente trabajo tiene por objetivo examinar tres escenas conceptuales en que la noción de lo popular ha sido movilizada desde la teoría social en nuestro contexto nacional, abrazando un horizonte que permite hacer dialogar las disciplinas de la historia con la sociología: a) la perspectiva de la marginalidad urbana; b) la perspectiva histórico-estructural; y c) la perspectiva denominada de las individualidades populares.

En esa línea de consideraciones, se propone examinar el modo en que la noción de lo popular se encarna, de manera singular, al interior de estas tres aproximaciones de las ciencias sociales. Para tal propósito, se ha recurrido al análisis de ciertos textos específicos de circulación nacional para la exposición de los planteamientos, y solo en ocasiones hemos recurrido a textos auxiliares cuando se trata de apoyar alguna de las ideas centrales, de especificar algún argumento, o de contextualizar la emergencia del sentido histórico de los planteamientos. Para la exposición de la primera escena, hemos recurrido al clásico texto de Vekemans y Silva publicado en 1967⁴, titulado *Marginalidad en América Latina, un ensayo de diagnóstico*. Para el segundo momento, hemos trabajado dos propuestas: por una parte, la que desarrollara Teresa Valdés, publicada en 1982⁵, titulada *Poblaciones y Pobladores: notas para una discusión conceptual*; y, por otra, aquella elaborada por Carlos Piña, publicada en 1987⁶, titulada: *'Lo popular': notas sobre la identidad cultural de las clases subalternas*. Para el desarrollo del tercer momento conceptual hemos recurrido a los planteamientos de Kathya Araujo y Danilo Martuccelli, revisando varios de sus trabajos, pero concentrándonos sobre todo en aquel titulado: "Las individualidades populares. Análisis de sectores urbanos en Chile", publicado el año 2015⁷.

3 Para una revisión detallada de esta perspectiva puede consultarse Michel Foucault, "Nietzsche, la genealogía, la historia", en *Microfísica del poder*, Michel Foucault (Madrid: La Piqueta, 1997).

4 Rogers Vekemans e Ismael Silva, *Marginalidad en América Latina. Un ensayo de diagnóstico* (Barcelona: Herder, 1967).

5 Teresa Valdés, *Poblaciones y pobladores: notas para una discusión conceptual* (Santiago: FLACSO, 1982).

6 Carlos Piña, "'Lo popular': notas sobre la identidad cultural de las clases subalternas", en *Espacio y poder: Los pobladores*, (ed.) Manuel Antonio Garretón (Santiago: FLACSO, 1987).

7 Kathya Araujo y Danilo Martuccelli, "Las individualidades populares: análisis de sectores urbanos en Chile", en: *Latin American Research Review* 50/2 (Cambridge 2015).

La decisión metodológica para la inclusión de estos trabajos se justifica en que se presentan, cada uno de ellos, como signos discursivos centrales de cada momento examinado, permitiendo relevar la cuestión popular tanto en clave historiográfica como sociológica. Pero también porque muchos de los elementos conceptuales trabajados en cada propuesta no dejan de aparecer en la discusión contemporánea acerca de procesos políticos, movilización de los actores, resistencia a los procesos de dominación social, habilitando importantes preguntas acerca de nuestro presente⁸.

En la exposición de cada caso, avanzaremos metodológicamente remitiéndonos a ciertos aspectos particulares contenidos en las propuestas: la caracterización que se hace del mundo popular; la noción de sociedad que supone cada planteamiento, así como la concepción de individuo que articulan; para, por último, detenernos en el horizonte sociopolítico que se defiende desde cada enfoque.

PRIMERA ESCENA CONCEPTUAL: LO POPULAR COMO MARGINALIDAD URBANA

Una primera aproximación de lo popular

se vehiculizó en torno de la teoría de la “marginalidad”, perspectiva muy influyente en el contexto latinoamericano entre las décadas del 50 y 70 del siglo pasado⁹, y que fue articulada y promocionada, desde nuestro país, sobre todo, por el Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina, DESAL¹⁰. Formando parte de una Iglesia Católica muy sensible de la cuestión social¹¹, la DESAL no tardó en comunicar su visión acerca de los graves problemas que aquejaban a una importante cantidad de habitantes de las grandes ciudades latinoamericanas, ofreciendo una detallada caracterización del asunto, al mismo tiempo que una comprensión histórico cultural del fenómeno.

Del lado de la caracterización, lo popular entendido como marginalidad urbana centró sus esfuerzos en visibilizar las precarias condiciones de vida de muchos actores que, proviniendo en su mayoría de contextos rurales, comenzaban a poblar diferentes emplazamientos urbanos que, sin embargo, no lograban ofrecer espacios adecuados para el desarrollo de la vida. Respecto de estos emplazamientos, que se denominaron con el

8 Es interesante apreciar cómo la “cuestión popular” volvió a aparecer con fuerza en el pensamiento social y filosófico de nuestro país, luego de la revuelta de 2019, revitalizando, aunque desde perspectivas diferentes, muchas de las discusiones clásicas que la noción de lo popular ha movilizadado en el pasado. Para una revisión desde las ciencias sociales al respecto, puede consultarse Manuel Canales, *La pregunta de Octubre: fundación, apogeo y crisis del Chile neoliberal* (Santiago: LOM, 2022). Para una revisión desde la filosofía, puede consultarse Nelly Richard, *Tiempos y Modos. Política, crítica y estética* (Barcelona: Paidós, 2024).

9 Delfino, “La noción de marginalidad...”, 18

10 Ignacio Martín-Baró, *Acción e Ideología. Psicología Social desde Centroamérica* (San Salvador: UCA, 2015), 69.

11 Para una revisión sobre el estrecho vínculo de la Iglesia Católica con la política del período, puede consultarse el importante trabajo de Élodie Giraudier, “Los católicos y la política en Chile en la segunda mitad del siglo XX”, en *Revista del CESLA. International Latin American Studies Review* 18 (Varsovia 2015).

12 Sobre la conexión de la DESAL con la Iglesia de los años 60, y la sensibilidad social del aparato eclesástico para con los problemas de la marginalidad, puede consultarse el importante trabajo de Mario Garcés sobre la historia del movimiento popular en Chile. En este trabajo se documenta el común denominador de mantener una preocupación por la difícil situación económica-social de los sectores populares, al mismo tiempo que participar de la idea de reforma de los problemas sociales, sobre la base de una perspectiva más bien cristiana: “cristianizar la revolución”, como ha enfatizado el análisis de Garcés, *Tomando su sitio: El movimiento de pobladores de Santiago 1957-1970* (Santiago: LOM, 2002)

tiempo como “poblaciones”¹³, la propuesta de la DESAL comunicaba que se trataba de lugares desprovistos de servicios considerados básicos para el desarrollo de la existencia: emplazamientos sin centros para la atención de la salud de los pobladores, territorios sin espacios educativos, sin agua potable, sin luz, sin casas; es decir, se estaba en presencia de sectores que no contaban con las mínimas condiciones de urbanización, pero que por entonces crecen y se diseminan por la ciudad con una velocidad inusitada. Por el lado de los sujetos habitantes de aquellos sectores, la caracterización informaba también sobre un cúmulo de elementos deficitarios que agravaban todavía más la situación de vida: se trata de una multitud de personas con muy escasos niveles de alfabetización, sin vinculación formal al mundo del trabajo, y sin acceso a la participación política y cultural que la vida en lo urbano debía proporcionar¹⁴.

Si la caracterización elaborada sobre la marginalidad fue presentada como una escena de mayor complejidad y urgente de atender por las ciencias sociales, es porque aparecía como signo de una verdadera “ruptura social” que se expresaba tanto territorial como relacionamente¹⁵. Pero si la falta de servicios urbanos mínimos para la reproducción de la vida fueron a menudo aspectos minuciosamente atendidos desde este enfoque, era

la ausencia de capacidades y recursos de los mismos habitantes lo que de mejor manera ponderaba su situación de marginalidad en lo social. En efecto, desde la perspectiva de la DESAL, vivían en situación de marginalidad los pobladores, en tanto y en cuanto sujetos que habitan en la sociedad, pero “sin plenamente estar”, “sin plenamente ser ni tomar parte de su entorno”¹⁶, lo cual se comunicó insistentemente, y de diferentes maneras. Tal planteamiento sostuvo que el poblador no estaba social económicamente “integrado” a la estructura, e incluso que no era posible identificar en él una afiliación a una determinada posición de clase social, en la medida en que se trataba de un grupo humano que no pertenece formalmente al sistema productivo. Se está al margen, desde este punto de vista, de manera radical y global, lo que quiere decir que el poblador apareció, en esta teoría social, como un personaje que “solo puebla un pedazo de tierra”, una “tierra de nadie”, como sostuvieron con insistencia Vekemans y Silva.

En esta visión construida por la DESAL, el principal elemento considerado como dique que obstaculizaba cualquier atisbo de modificación del estado de marginalidad, era la ausencia de “participación” del poblador tanto en el campo cultural como político de la sociedad¹⁷; ausencia de participación en un doble sentido: “pasiva”, vale decir, que

13 Como lo ha reforzado Teresa Valdés (1982), el emplazamiento urbano de la marginalidad denominado “población” fue de alguna manera el que tomó relevo de las antiguas “callampas”, aquellas que en la ciudad de Santiago comenzaron a proliferar desde la década del 40. Si las callampas eran entendidas como agrupaciones espontáneas de ocupación de terrenos por parte los sectores populares, fundamentalmente como una respuesta a la exigencia de vivienda, muchas de las “poblaciones” de las décadas del 50 y 60 se constituirán más bien como parte de un trabajo de organización popular de base, muchas veces con la participación de los partidos políticos, ver Valdés, *Poblaciones y pobladores...*, 1-134.

14 Vekemans y Silva, *Marginalidad en América Latina...*, 290

15 Garcés, *Tomando su sitio...*, 240.

16 Vekemans y Silva, *Marginalidad en América Latina...*, 285.

17 Martín-Baró, *Acción e ideología...*, 71.

el individuo popular no estaba en posición de receptor de los beneficios que la cultura provee a todo ciudadano tan solo por el hecho de ser parte de la vida colectiva; y “activa”, por otro lado, puesto que aquel no está en posición tampoco de asumir, con sus acciones, las diferentes responsabilidades que habilitarían una contribución al desarrollo económico, político y cultural de su propia nación¹⁸. El poblador, en esta perspectiva, no tiene parte porque no participa, y no participa porque está absolutamente al margen de la estructura social. A lo sumo, se sostuvo desde esta línea de pensamiento, si se observan formas de implicación y participación por parte de estos actores, aquellas se presentan siempre de manera extremadamente dispersa, sin articulación de solidaridades formales, en ausencia de toda forma de organización política de base, y a menudo para propósitos que no sobrepasan su presente de necesidades inmediatas. En verdad, y como lo ha reforzado Mario Garcés, respecto de esta condición de marginalidad, la teoría social *desaliana* no detectó más que una profunda pulverización y atomización de sus existencias populares¹⁹.

SOCIEDADES CULTURALMENTE YUXTAPUESTAS

Ahora bien, la comprensión de fondo del fenómeno de lo popular en esta perspectiva viene favorecida por una teoría social que mantiene, en la base de sus planteamientos, una determinada concepción de sociedad, en la que destacan dos elementos.

Primero, que lo que habría dado lugar al importante problema de la marginalidad es la cultura moderna, la que por razones históricas no habría podido encontrar una modalidad armoniosa de funcionamiento que habilite la integración de todos los estratos en una misma sociedad. Al contrario, la posición de la DESAL no dejó de defender el argumento de que el problema de fondo debía ser comprendido a la luz de un proceso de “integración social y cultural” no resuelto, incluso desde el período de la colonización española. En la modernidad latinoamericana, se sostuvo, el encuentro de los dos mundos (el ibérico y el precolombino) no habría podido dar lugar a una “fusión cultural”, a una reunión orgánica de las identidades, indispensable para el progreso y el desarrollo²⁰.

La marginalidad urbana del siglo XX, visible en tantos sectores de la ciudad, sería desde este marco interpretativo signo de una antigua tensión entre integración y exclusión, que remite a los albores de la modernidad latinoamericana. En esta línea de consideraciones, la explicación *desaliana* enfatizó al respecto que “no se habitaría aun la modernidad”, puesto que lo que se manifiesta es, al contrario, una situación de “yuxtaposición social”, o bien una “superposición entre culturas”²¹, signo de una profunda ruptura entre actores que desenvuelven sus vidas sin comunidad de ideales y sin organización de propósitos. La historia de la marginalidad latinoamericana sería aquella en que unos y otros habrían quedado situados en lugares antagónicos

18 Vekemans y Silva, *Marginalidad en América Latina...*, 331.

19 Garcés, *Tomando su sitio...*, 275

20 Vekemans y Silva, *Marginalidad en América Latina...*, 377.

21 Vekemans y Silva, *Marginalidad en América Latina...*, 379.

y distanciados, en ausencia de puentes que favorezcan una mínima transición²².

Como lo ha detectado muy bien Andrea Delfino, de esta concepción histórico culturalista de lo popular se desprende la presentación de una visión ideal pero fallida de la sociedad, aquella que no habría logrado articularse como un todo armoniosamente integrado, ajustado en sus partes²³. Desde este punto de vista, la sociedad no se presenta como lo que debería ser, en su versión moderna: un sistema homogéneo que habilite un funcionamiento orgánico de los diferentes elementos que lo constituyen. Si desde la perspectiva de la DESAL el ideal moderno de sociedad se mantuvo en el horizonte de la comprensión, la lectura acerca de la existencia de la marginalidad popular siempre dio cuenta de su incumplimiento: en las grandes urbes latinoamericanas no se cumple la máxima de una sociedad moderna en toda regla, vale decir, sistémicamente organizada, con niveles imbricados unos con otros, con su respectiva operatoria de jerarquías, en el marco de un funcionamiento que vincula instancias inferiores o superiores dentro de sí²⁴. En términos conceptuales, es el principio de “unidad social” -la tan anhelada integración del sistema- lo que no alcanzan por entonces a constituir las sociedades latinoamericanas en la medida en que la pluralidad de los componentes internos que ella comporta tiende siempre más hacia la dispersión, sin focos que habiliten la unicidad que debe reinar. Al contrario, lo que se aprecia por

doquier, en el caso de los sectores populares, es sobre todo desorganización, incoherencia, desvinculaciones, piezas que no encajan, descoordinaciones, dispersión, disfuncionalidades. Este último punto releva no el hecho de una inexistencia de la sociedad, sino que ésta falla en lo esencial, esto es, en la posibilidad de mantenerse ajustada a pesar de la diferenciación de las instancias que la hacen funcionar. La sociedad existe, pero falla porque se forja y reproduce dividida en dos, porque se muestra escindida²⁵, y entre ellas, como lo indicó Ignacio Martín-Baró, reina un abismo²⁶.

EL INDIVIDUO MARGINAL

A su tiempo, una visión disonante del actor popular fue elaborada por la DESAL, entendido como la otra cara de la moneda de una cultura y una sociedad moderna que no termina de llegar. Si en una concepción clásica de la teoría social el individuo debe formar parte integrante del engranaje, considerado muchas veces como el reflejo de su sociedad²⁷, el actor popular, el poblador de los años 50 y 60 se presenta, en esta teoría social, como aquello que no logra encajar plenamente en el sistema. El poblador está al margen porque él mismo es el margen, el borde ubicado a una distancia siempre considerable de lo que operaría como centro ajustado. Las múltiples características atribuidas por esta perspectiva al actor popular dan cuenta de la comprensión de un individuo desencajado, siempre hecho inteligible por contraste del sujeto

22 Martín-Baró, *Acción e ideología...*, 65.

23 Delfino, “La noción de marginalidad...”, 21

24 Danilo Martuccelli, *Cambio de Rumbo. La Sociedad a escala del individuo* (Santiago: LOM ediciones, 2010), 7.

25 Vekemans y Silva, *Marginalidad en América Latina...*, 363.

26 Martín-Baró, *Acción e Ideología...*, 70.

27 Martuccelli, *Cambio de Rumbo...*, 9

integrado a los procesos de modernización. En esta línea de consideraciones, el poblador fue concebido, en su concepto, como aquel personaje profundamente desconectado del aparato productivo, sin posición de clase claramente definida, extremadamente pasivo respecto al devenir de su sociedad, apático respecto de los procesos políticos en curso, conformista de una vida que siempre más bien le acontece, y sin protagonismo en sus acciones²⁸. En una palabra, en esta mirada el individuo marginal siempre quedó vinculado a un mundo más tradicional que moderno, incluso sujeto, en su extendida representación, a un ecosistema de relaciones concebidas como extraurbanas, atiborrado de prácticas exóticas cuando no interpretadas como folclóricas, tal como enfatizó Piña²⁹.

Es en ese sentido que el individuo moderno fue, en toda regla, el parámetro de la comparación para la DESAL; si este fue considerado siempre en su capacidad de ocupar un papel preponderante en el desarrollo de su cultura y sociedad en la medida en que toma distancia de actitudes tradicionales, haciendo gala de su productividad económica, de su autonomía relativa, y de la libertad política que detenta, el sujeto popular marginal se hizo inteligible entonces por el lado en que tales características no logran aparecer: siempre preso de la costumbre tradicional, se torna, en esta lectura, incapaz de tomar decisiones provechosas para sí mismo, y

sobre todo, para el futuro de su sociedad; sujeto popular “abúlico”, se ha dicho desde esta mirada³⁰, imposibilitado de llevar a cabo acciones que promuevan su autorrealización, menos aún su libertad. Un individuo que “está sin estar” porque no cumple un “rol” para la sociedad, sin función determinante ni para sí ni para el mundo que lo rodea, esto es, con todo, un sujeto sin lugar.

EL HORIZONTE SOCIOPOLÍTICO DE LA PROMOCIÓN POPULAR

Ahora bien, como lo ha profundizado muy bien Daniel Fauré, la teoría social de la DESAL no solo profundizó una caracterización y una comprensión de aquellos factores culturales que, a su modo de ver, impedían el acceso del sujeto marginal al mundo del desarrollo urbano, sino que avanzó también en un esfuerzo intelectual por sentar las bases de lo que consideraba indispensable de realizar para reconducir tal situación de exclusión, mostrando con ello un importante horizonte político de trabajo. Es en esta línea que se propuso un verdadero programa de trabajo en torno de lo que se denominó como “promoción popular”³¹, programa cuyo propósito era justamente orientar el camino para la superación del estado de marginalidad detectado, que no pasara por la forma de la revolución³².

Las bases conceptuales sobre las que se

28 Vekemans y Silva, *Marginalidad en América Latina...*, 339.

29 Piña, “‘Lo popular’: notas sobre...”, 267.

30 Vekemans y Silva, *Marginalidad en América Latina...*, 292.

31 Vekemans y Silva, *Marginalidad en América Latina...*, 392.

32 Para un análisis de la propuesta de promoción popular de Vekemans, su conexión con la Democracia Cristiana, y las diferencias de fondo que presenta respecto a una perspectiva clasista estructural, puede consultarse el importante trabajo de Daniel Fauré, “No son nadie, no hacen más que estar, poblar un pequeño pedazo de tierra, que es tierra de nadie”: Teoría de la marginalidad, promoción popular y sectores urbano populares durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (Chile, 1964-1970)”, en *Cuaderno de Trabajo Social* 1/16 (Santiago 2021).

apoyará tal iniciativa irían en directa relación con el conjunto de elementos que permitieron explicar las causas del fenómeno, intentando desde ahí generar reformas que modificarían lo concebido como problemático, a saber, el individuo marginal. Por una parte, desde la visión amplia construida por la DESAL, la promoción popular debía operar como estrategia para fusionar aquellos dos mundos que aparecían como fracturados y escindidos, el tradicional y el moderno, el marginal y el integrado, forjando el camino para que éste último pueda incorporarse de manera adecuada a las dinámicas de la vida urbana, concebida como desarrollada. De la escisión social que opera como signo de mundos apartes, el despliegue de la iniciativa de promoción popular debía poder construir una comunidad de ideales e intereses entre unos y otros. Dos sociedades distanciadas deben dar paso a la configuración de una sola entidad, integrada, cohesionada, en que los actores se reconozcan como parte de un todo unificado. Estructuralmente, la promoción popular persiguió incansablemente la comunión nacional³³.

Pero, por otra parte, y desde una visión más bien microsocia, la estrategia pasaba por movilizar prácticas concretas que permitieran reformar el núcleo central del problema, justamente a nivel de las características deficitarias identificadas en los individuos populares en

posición de marginalidad. En verdad, será a esta escala donde el trabajo propuesto debía jugarse las cartas más importantes, en tanto y en cuanto aquella escisión estructural que dividía la sociedad era concebida, desde abajo, como un conjunto de características negativas de los individuos que, mientras prevalecieran, impedían su integración. A este nivel, el trabajo pasaba sobre todo por movilizar una verdadera misión resocializadora de los actores, inculcando en ellos un conjunto de capacidades y recursos de los que estaban desprovistos³⁴. Plantando una perspectiva denominada “psicosocial”³⁵, estos elementos serán concebidos sobre todo como actitudes, normas y valores que la promoción popular tendrá que movilizar en la vida del individuo que habita las poblaciones³⁶.

Asumido el horizonte de la integración social, el trabajo con los individuos marginales debía traducirse en la transferencia de valores, normas y representaciones que abracen los ideales de la modernidad, los cuales el actor popular debía aprender, en el marco de un periplo socializador que habilite la asimilación progresiva de competencias mínimas para sostener su participación en el mundo moderno. La propuesta de promoción popular articula así una ecuación canónica de la teoría social clásica³⁷: en presencia de una marginalidad urbana que aparece como signo de desintegración social, la resocialización

33 Garcés, *Tomando su sitio...*256

34 Como lo ha identificado bien Garcés, tres serían los elementos propuestos por la DESAL en el contexto de la promoción popular, entendido como proceso de socialización: primero, el fortalecimiento de organizaciones de bases intermedias; segundo, fortalecer la educación de los pobladores; y tercero, la creación de instancias de servicios que habiliten asesorías a las organizaciones populares creadas en ese marco. Era en la articulación interna de estos tres elementos que la “integración” de los pobladores al mundo de la modernidad se podía configurar, ver Garcés, *Tomando su sitio...*, 275.

35 Vekemans y Silva, *Marginalidad en América Latina...*, 302.

36 Garcés, *Tomando su sitio...*, 258

36 Martuccelli, *Cambio de Rumbo...*,7.

debe poder habilitar la interiorización de valores, creencias que, una vez asumidas por el actor, generen el ajuste actitudinal entre las motivaciones de los individuos y la estructura de la sociedad. De este modo, la promoción popular se presenta como un dispositivo de anclaje, de inserción cuando no de asimilación cultural, la que debe ofrecer un lugar en lo social a quién en principio no lo tiene, puesto que está al margen. Pero al mismo tiempo, gracias a esa socialización de los ideales y anhelos de la modernidad, será la propia sociedad la que estará por fin en condiciones de dotarse así misma de individuos plenamente integrados, corrigiendo de este modo las disfuncionalidades que se expresan en los diferentes planos de la vida³⁸.

SEGUNDA ESCENA CONCEPTUAL: LO POPULAR COMO CONFLICTO CLASE SOCIAL

Avanzada la década del 80 en nuestro país, tras la experiencia de la Unidad Popular y de los más duros embates de la dictadura cívico-militar encabezada por Augusto Pinochet, un segundo e importante planteamiento se articula para pensar la realidad de los sectores populares, en un marco sociohistórico que sin duda había cambiado el panorama de la comprensión. En efecto, por entonces y a

nivel nacional, la escena de los pobladores se había transformado profundamente, apareciendo esta vez como actores situados en un lugar fundamental de la sociedad, muchas veces concebido en su capacidad de imponer una posición políticamente relevante³⁹. Sin duda que los importantes procesos de movilización social que los pobladores impulsaron, incluso mucho antes del golpe de Estado de 1973⁴⁰, en parte explican la emergencia de un nuevo punto de vista de la realidad que este sujeto encarna y de los procesos que moviliza⁴¹, enfoque que comenzó a ser interpretado, desde entonces, bajo la clave conceptual de lo "histórico estructural", vale decir, desde una mirada en ciencias sociales que visibilizaba a lo popular como signo de un conflicto de clase, como una tensión de posiciones antagónicas en la estructura, y que comunica, sobre todo, acerca de procesos de subordinación económica y dominación social⁴².

Promocionada desde una matriz de pensamiento marxista, en nuestro contexto nacional esta teoría estructural surgiría como una respuesta problematizadora de la perspectiva culturalista de la DESAL, la que fue duramente criticada por los supuestos sobre los que se sostenía, así como por los efectos

38 Es interesante apreciar cómo, luego de un importante trabajo intelectual de una década, la propuesta interpretativa de la DESAL fue asimilada positivamente por el gobierno de Eduardo Frei Montalva, en 1964. El electo presidente y el partido Demócrata Cristiano al que representaba, habían sintonizado profundamente con el ideario de una "revolución cristianizada" que fomentara la organización popular, al mismo tiempo que estuviera en condiciones de producir los cambios institucionales necesarios para el logro de la integración social. Para los detalles, ver Garcés, *Tomando su sitio...*, 275.

39 Piña, "Lo popular: notas sobre ...", 264.

40 Aunque con diferentes intensidades, en Chile estos procesos de movilización social de pobladores han atravesado el siglo XX, seguramente alcanzando su expresión más notorias, en las primeras y emblemáticas tomas de terreno en la década del 40, muchas de las cuales supusieron importantes procesos de organización colectiva, y apoyo de partidos políticos, ver: Valdés, *Poblaciones y pobladores...*, 1-134.

41 Garcés, *Tomando su sitio...*, 337.

42 Valdés, *Poblaciones y pobladores...*, 85

políticos que movilizaba. De alguna manera los tres aspectos centrales que habían servido de explicación y comprensión acerca de la situación de marginalidad de los pobladores, -la escisión de la cultura moderna, el ideal de sociedad unificada, y la concepción de un individuo marginal carente de actitudes y valores urbanos- se presentaron a la luz de la teoría estructural como elementos insuficientes para dar cuenta del complejo funcionamiento social que produce y reproduce la cruda condición de vida de este grupo de habitantes urbanos, apareciendo como meras narraciones descriptivas de un fenómeno, pero con escasa interpretación analítica⁴³.

En primer lugar, la problematización conceptual del enfoque histórico-estructural avanzó en una interrogación al carácter esencialista de la propuesta de la DESAL, que cristalizó, en su decir, en una visión identitaria, las más de las veces negativas, las menos idealizadas, del sector popular de la sociedad⁴⁴. Desde aquí se argumentó que aquel sector había adquirido visibilidad ya sea por el lado de una suerte de negación identitaria que lo constituye, o bien, por el lado de una concepción idealizada como colectivo transformador. Por una parte, definida fundamentalmente desde el poder como un conjunto de ausencias, su historia se habría presentado como la legitimación de su exclusión, su rostro como la incesante lucha para que en verdad este sector no tenga cabida, y su visibilización para la constante degradación de su existencia⁴⁵. Concebido

el actor popular a menudo como aquel que, por razones culturales, es incapaz de acceder a la vida moderna, la perspectiva estructural denunció que una importante atribución identitaria sería en parte fundamental lo ofrecido por el planteamiento desaliano, asociando, en un mismo plano, y de manera consustancial, características ontológicas del poblador y dinámicas sociales que eran históricamente producidas.

Considerado lo anterior, el punto del que en primer lugar toma distancia esta perspectiva, es justamente la construcción de una “identidad popular”⁴⁶, que encasillaría supuestas formas de ser al interior de una mismidad grupal o de estrato, promoviendo tanto su estigmatización como su idealización. La crítica indicó que no habría por qué suponer que lo popular será inteligible en la medida en que se identifican “rasgos y características” ontológico-culturales de los actores; en esta línea lo popular no sería, en primer lugar, aquello consustancialmente “parasitario” de la sociedad. Pero, por otra parte, se sostuvo que no habría necesariamente que partir de la idea de “identidad popular” cuando respecto de ella se idealiza a este grupo social, vale decir, cuando en una visión más positiva del actuar de este sector se lo concibe más bien como el lugar propio de la “contestación”, o como lo que anima la conquista de la hegemonía, justamente, también, gracias a supuestos rasgos inmanentes⁴⁷.

Desde el punto de vista estructural, el

43 Valdés, *Poblaciones y pobladores...*, 57

44 Piña, “‘Lo popular’: notas sobre...”, 271

45 Ídem., 274.

46 Ídem., 268.

47 Ídem., 263.

planteamiento de la DESAL habría pecado de esencialista cuando observa a lo popular como lo otro desconectado del individuo integrado moderno, que siempre operó como parámetro de comparación. Vale decir: se sostuvo en un exceso de antropología, pero adolecía de lo fundamental, a saber, de una economía política que diera cuenta no solo del problema de exclusión experimentado por tantos pobladores, sino de sus condiciones históricas de producción y reproducción social⁴⁸. En una clara descendencia marxista, este planteamiento reenfocó el problema, entendiéndolo mucho menos como un asunto de identidades culturales desencontradas, y mucho más como un problema complejo, procesual, históricamente generado, vinculado con profundas asimetrías del poder, y relaciones de subordinación socioeconómicas que crean y recrean posiciones subalternizadas al interior de la estructura social. Es decir, lo popular comienza a ser concebido como una relación social en conflicto⁴⁹.

LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE LO POPULAR

Primero, es la concepción de sociedad en la que se produce lo popular la que se reformula al interior de esta perspectiva. Si en la aproximación de la DESAL la sociedad había sido comprendida como una entidad fracturada cuyo efecto fue la emergencia de dos esferas de sociabilidad cultural que corren en paralelo desde los tiempos de la colonización, esta mirada histórico-estructural más bien sostendrá la tesis de estar en presencia

de una sola sociedad, que, sin embargo, dado su modo de configuración económica y política⁵⁰, mantendría a una parte de su población -a los pobladores- en condición de subalternidad⁵¹. Pero, por otro lado, si desde la mirada de la DESAL la existencia de lo marginal se explicaría por el lado de una sociedad que ha creado en su interior dos formas culturales profundamente desintegradas en lo esencial, esto es, al nivel de asimilación de normas y valores urbano-modernos, este planteamiento no dejará de sostener que la explicación de fondo dice relación más bien con un modo de producción de la sociedad fundamentalmente sostenida en una razón económica capitalista⁵². En este marco de comprensión, es siempre un modo relacional de funcionamiento de la sociedad lo que comienza a aparecer en tela de juicio, y una estructura socioeconómica que, en su modo de producción y distribución de la riqueza, hace emerger ciertas formas de vida ancladas a la subordinación: los pobladores.

El punto importante respecto de la concepción de sociedad que esta mirada moviliza es que ella deja de ser concebida como esferas culturales incomunicadas para pasar a ser entendida como una relación social conflictivamente constituida⁵³. Si desde aquí una fractura social se identifica, esta es menos una falla cultural que una que informa sobre relaciones asimétricas del poder. Desde este planteamiento, aquella que habita el mundo popular sería una sociedad marcada fundamentalmente por un conflicto de clase, por

48 Valdés, *Poblaciones y pobladores...*, 118

49 Piña, "‘Lo popular’: notas sobre...", 279.

50 Valdés, *Poblaciones y pobladores...*, 119

51 Piña, "‘Lo popular’: notas sobre...", 281.

52 Valdés, *Poblaciones y pobladores...*, 97.

53 Piña, "‘Lo popular’: notas sobre...", 282.

relaciones sociales de dominación que derivan de ella, y caracterizada por subordinar a una lógica económica los diferentes ámbitos de la existencia, desde lo familiar hasta la vinculación al mundo del trabajo, pasando por la misma ocupación espacial del poblador en la estructura urbana de la ciudad⁵⁴. Cabe destacar el énfasis: desde esta perspectiva es la sociedad siendo una sola entidad la que se impone sobre el sector popular entendido esta vez como grupo social subalterno, vale decir, como siendo lo otro siempre inferiorizado y dependiente de un modo de funcionamiento político-económico, cuyo sistema, sin embargo, lo requiere para poder operar. Si la sociedad presenta una fractura, esto es menos por una yuxtaposición identitaria que diferencia entre modernos y tradicionales, entre urbanos y rurales, que por la imposición de un modelo de desarrollo productivo que distingue desde entonces, entre “masa marginal”, “superpoblación relativa”, “ejército industrial de reserva”, o “proletarios”, por una parte, y “burgueses”, por otra. Tal fractura, y tales distinciones, se argumenta, no deben ser entendidas como la “anomalía” producida por un progreso mal encaminado, sino como el desarrollo mismo de la sociedad que el poder económico y político produce mientras se desenvuelve. No hay, en esta perspectiva, disfuncionalidad, ni desajuste estructural, antes bien, ella sería la consecuencia inmediata de un engranaje estructural y económico bastante bien aceitado⁵⁵.

Ahora bien, el cambio en la concepción

de sociedad vino dado, en esta perspectiva, por la incorporación de un planteamiento que resituía el lugar de las “fuerzas productivas” en el centro del problema⁵⁶. En efecto, visto el asunto como el problema histórico de una sociedad que se produce y reproduce al calor de una acumulación del capital, en el marco de economías latinoamericanas que funcionan en una relación de dependencia respecto de centros productivos internacionales, y que, a nivel local, solo genera una relación de subalternidad para con sus habitantes, prontamente el foco de atención se localizó por el lado de una sociedad que, en su funcionamiento, genera no una marginalidad, sino una “superpoblación relativa” que, dada su específica posición en la estructura económica era incapaz de participar de la acumulación de la riqueza. Nombrado a veces como un problema de “subempleo”, “trabajo informal”, “trabajo por cuenta propia”, pero, sobre todo, por entonces, como un problema de generación de “ejército industrial de reserva”⁵⁷, la lectura de lo popular pasó por la comprensión de una sociedad que, requiriendo siempre la fuerza de trabajo para el desenvolvimiento del sistema, no era capaz de absorber, sin embargo, toda la disponible. En esta lectura, si alguna cabida aún tenía la noción de marginalidad urbana para dar cuenta de la realidad de vida del sector popular, esto solo era en la medida en que se comprendiera que, en el contexto del capitalismo latinoamericano, no todos logran formar parte del modo de producción, y menos beneficiarse de él.

Lo importante de enfatizar en este punto

54 Valdés, *Poblaciones y pobladores...*, 120.

55 Ídem., 121.

56 Ídem., 58.

57 Ídem., 56

es que la comprensión de una gran cantidad de actores en situación de superpoblación relativa pasaba entonces por el entendimiento de las leyes del capital, en torno a un modo de producción económico y social que genera un “excedente humano de trabajo” que no encuentra lugar en el sistema. La sociedad está internamente conflictuada, atravesada por una tensión que remite a la producción de clases sociales que la misma sociedad capitalista produce, no por anomalía, sino por su propia lógica de funcionamiento⁵⁸. El mundo popular, las poblaciones y los pobladores son apreciados, en esta perspectiva, como la consecuencia inevitable de una sociedad en la que no todos caben del mismo modo, y no todos pueden cumplir el mismo rol.

EL INDIVIDUO POPULAR ENTENDIDO COMO POSICIÓN EN EL SISTEMA

Junto con la noción de sociedad, la concepción de individuo popular también se reformula en este planteamiento de herencia marxista, haciéndolo participar del clivaje de clase social que el argumento moviliza. Escapando de cualquier concepción identitaria que derive en un esencialismo de atributos ontológicos asignados a los pobladores, éstos son más bien comprendidos como actores que participan de una “posición” específica al interior de la estructura social y económica, y será dicha posición en el sistema la que ofrecerá justamente el modo de su interpretación⁵⁹. Desde este punto de vista, la DESAL

habría errado en la comprensión del sujeto que habita el sector popular, justamente a causa de no alimentarse de una perspectiva económico-política para el desarrollo de su planteamiento⁶⁰. Visto así, la concepción del individuo no se corresponde con una “masa marginal” cuyas características preponderantes serían las de estar completamente fuera de lo que ofrece el mundo moderno; al contrario, es la concepción de un actor que, perteneciendo a la sociedad, lo hace siempre más bien movilizándolo acciones y estrategias que, para sortear la dominación de clase impuesta, habilitan iniciativas para alcanzar su “sobrevivencia”⁶¹. En esta lectura, el individuo popular sería apreciado como aquel sujeto que se las rebusca para poder sortear los embates de una vida siempre difícil, y de un modelo de desarrollo que lo sitúa en condición de excedente humano. Desde aquí, el individuo del sector popular en efecto participa de la escena social, aunque a menudo lo hace formando parte de economías denominadas como de “subsistencias”, que permiten mantenerse en pie, con vida, y no perecer en el intento⁶². Se trata de un individuo productivo, en todo caso, en la heterogeneidad de formas que puede articular: actividades mayoritariamente informales, aunque las más de las veces solidarias, cuando es justamente la mantención de la vida lo que se encuentra en juego. A diferencia del planteamiento de la marginalidad, se está en presencia de una concepción del actor que es capaz de organizarse en torno a propósitos comunes

58 Piña, “‘Lo popular’: notas sobre...”, 280.

59 Valdés, *Poblaciones y pobladores...*, 56

60 Piña, “‘Lo popular’: notas sobre...”, 276

61 Valdés, *Poblaciones y pobladores...*, 121.

62 Ídem., 122.

que promueven la ayuda mutua, aunque dichos objetivos y prácticas sean siempre una señal de la posición de subordinación de clase, y de las formas que articulan los actores para resistir.

Y en todo caso por lo mismo, la perspectiva histórico-estructural muchas veces cifró las esperanzas de transformación social justamente en este actor, el que, situado en una clara posición de dominación, podría llegar a constituir una movilización transformadora en la medida en que paulatinamente tomaba conciencia de su lugar en el mundo. Es decir, toda vez que bien acompañado el actor popular -sobre todo de la forma partido- la toma de conciencia pudiese devenir en importantes procesos de movilización social no solo para la promoción de prácticas de resistencia, como tantas veces se visualizó, sino también en virtud de aquellas capaces de habilitar un cambio de la estructura social.

TERCERA ESCENA CONCEPTUAL: LAS INDIVIDUALIDADES POPULARES

Una tercera propuesta de comprensión acerca lo popular se ha articulado en los últimos años en nuestro país, alrededor del enfoque teórico conocido como sociología de la individuación, refrescando de manera importante una discusión de larga data⁶³. Tal propuesta ha surgido con fuerza como una teoría social renovada para una interpretación de la estructura social contemporánea, que hace pasar su lectura siempre por el tamiz de las experiencias sociales y personales de

los actores⁶⁴; se trata, en ese sentido, de una teoría social a escala de los individuos.

Enfatizando siempre una dimensión histórica, este planteamiento ha sostenido que el estudio de lo popular en nuestro presente debe ser abordado realizando dos operaciones importantes. Por un lado, la mirada debe sortear ciertas dificultades con que se topa el pensamiento social cuando analiza este sector, desarrollando así una problematización que retoma ciertos elementos de la perspectiva histórica-estructural, pero que avanza en un planteamiento que incorpora una importante novedad conceptual: es el análisis de la “inclinación individualizada” de las experiencias sociales lo que se debe apreciar con cada vez más empeño en el estudio del mundo popular. Por otro lado, y para lograr tal objetivo, se argumenta que el trabajo ha de considerar y tener a la vista el conjunto de transformaciones que han experimentado las sociedades en las últimas décadas, incluida la chilena, y que sin duda ha modificado profundamente los modos de desenvolvimiento de los actores en su interior⁶⁵.

Por una parte, tres son las dificultades teóricas que habría que sortear: a) “la definición misma de lo popular en la teoría social”, b) la de incurrir en una suerte de “esencialización” al respecto, y, c) muy vinculado con lo anterior, la de verse subsumido en la reproducción de “estereotipos” que, paradójicamente, terminarían promoviendo un cierto prejuicio de clase las menos de las

63 Martuccelli, *Cambio de Rumbo...*, 10.

64 Kathya Araujo, *Habitar lo social. Usos y abusos en la vida cotidiana en el Chile actual* (Santiago: LOM ediciones, 2009), 28.

64 Araujo y Martuccelli, “Las individualidades populares...”, 88.

veces problematizado⁶⁶.

En primer lugar, aquello a que se está haciendo referencia desde la noción de lo popular se visibiliza como problema desde este enfoque. Se argumenta que, si una diversidad de procesos sociales, políticos y económicos han sido convocados a menudo para interpretar lo que aparece como signo de una heterogeneidad interna de este sector, la multiplicidad de términos a los que se ha recurrido para comprender su realidad impide ofrecer una especificidad conceptual que alimente el análisis, sobre todo cuando se intenta focalizar en la singularidad de las experiencias de este grupo social⁶⁷. Si al respecto los términos en ciencias sociales se multiplican -desde las nociones de marginalidad urbana, clase subalterna, superpoblación relativa, clase trabajadora, trabajadores asalariados, trabajadores independientes, trabajadores informales y por cuenta propia, hasta la más actual noción de pobreza- un aspecto problemático se torna constante y común en esta dispersión terminológica de lo popular, a saber, la identificación de un “vínculo entre posición socioeconómica y actitudes socioculturales”⁶⁸, una especie de puente comunicante consustancial que daría cuenta de la posibilidad de ajuste o no entre los valores, las actitudes y las acciones de los actores con la estructura social. Se trata de un escollo que en todo caso hemos identificado muy claramente presente en la perspectiva de la marginalidad, cuando ésta comunica el problema como una escisión

cultural identitaria, y la solución como un problema de socialización de los sujetos. Pero también es lo que presenciamos en la perspectiva estructural cuando coloca su foco de atención en la clásica relación capital-trabajo, como foco conceptual privilegiado para atender el objeto. En ambos casos, es la “posición” del actor, sea en su estado de marginalidad cultural, sea en su estado de dependencia económica, lo que privilegia el análisis.

En segundo lugar, este planteamiento enfatiza sobre el problema persistente de intentar relevar la “cultura popular” dentro de la cual se conformarían los actores, en cualquiera de sus dos vertientes conocidas, es decir, tanto si, producto de procesos de coerción y déficit el trabajo interpretativo avanza identificando a la “cultura dominada”, o bien, por el contrario, si producto de la pesquisa de cualidades o virtudes de resistencia, se detecta una cultura popular que interpela al sistema⁶⁹. En cualquiera de las opciones, el problema detectado es siempre el mismo: una esencialización del objeto que opera a la base de la mirada para efectos de proporcionar características ontológicas a los miembros del grupo (características de presentismo, desinterés, dependencia, autonomía, resistencia, etc.), no identificando matices. Este proceso de esencialización ya lo había relevado la perspectiva estructural, al denunciar el modo en el que el discurso de la DESAL ha incurrido en un exceso de antropología, perspectiva a-histórica que termina

66 Araujo y Martuccelli, “Las individualidades populares...”, 91.

67 Ídem., 87.

68 Ídem., 88.

69 Ídem.

explicando el problema de la marginalidad como un desencuentro de identidades entre tradicionales y modernos, promoviendo así importantes efectos de homogenización de los sectores y grupos.

En tercer lugar, y relacionado con lo anterior, el enfoque de la individuación detecta la dificultad de reproducir un conjunto de estereotipos a los que han quedado vinculados históricamente los sectores populares, encasillados en atributos colectivos las más de las veces negativos, como lo es el estereotipo que sitúa al individuo popular como miembro de una “cultura de la pobreza”⁷⁰. En este punto, si las perspectivas culturalistas e identitarias han jugado un rol preponderante, es justamente por haber avanzado en una línea de interpretación que ha enfatizado muchas veces supuestos “rasgos idiosincráticos” o “características morales” deficitarias, cristalizando en ello una visión costumbrista, cuando no folclórica de este sector de la sociedad, dando cabida incluso a una “psicología de carácter nacional”, tal como también lo había indicado Carlos Piña⁷¹ en su momento, y Larraín en su importante texto sobre la identidad chilena⁷². Se argumenta que el problema es tanto mayor en la medida en que desde estos estereotipos se desdibuja toda experiencia singular de los actores, en provecho de una lectura profundamente colectivista que paradójicamente omite, en tal presentación de lo popular, cualquier variación sociohistórica⁷³.

Ahora bien, sorteadas las tres dificul-

tades conceptuales, el planteamiento de la individuación enfatiza además que el desafío teórico debe complementarse con el empeño de generar un pensamiento que atienda a las importantes transformaciones de las sociedades de las últimas décadas. Solo así se podrá aprehender de la relación entre estructura y acción, entre sociedad y las experiencias de los actores, en la escena contemporánea. En ese sentido, con este tercer planteamiento estamos en presencia de una escena conceptual advertida, en todo caso, de que muchas cosas acontecieron desde que se produjera una primera aproximación de lo popular, en los años 50’ y 60’, en torno de la cuestión de la marginalidad urbana, e incluso, desde que se formulara aquel segundo momento teórico vinculado al problema de la posición de clases social, entre los años 70’ y 80’. Y las muchas cosas que acontecieron en nuestro contexto merecen su atención: una sociedad chilena que experimentó intensos procesos de democratización y socialización del poder político y económico, que culminó en la figura de Salvador Allende en el poder, en 1970; una sociedad que vivió una arremetida profundamente autoritaria, en el seno de la dictadura cívico-militar de 1973, con Pinochet a la cabeza; pero también, una sociedad que restituyó la democracia política a principios de la década del 1990, sin haberse desprendido, como sabemos, de los muchos enclaves autoritarios que permean hasta hoy la vida social en el país.

Pero sobre todo considerando el período

70 Araujo y Martuccelli, “Las individualidades populares...”, 88.

71 Piña, “Lo popular: notas sobre...”, 268

72 Jorge Larraín, *Identidad Chilena* (Santiago: LOM ediciones, 2001), 172.

73 Araujo y Martuccelli, “Las individualidades populares...”, 89.

posterior a la restitución de la democracia, se argumenta que ciertos cambios pueden ser leídos como signos de verdaderas revoluciones⁷⁴: cambios de una sociedad chilena que se ofreció casi por completo al juego de la mercantilización de la existencia, vale decir, que convirtió muy prontamente en mercado cada específico dominio de la vida (salud, educación, vivienda, pensiones, relaciones sociales). Una sociedad que, desde entonces, redujo importantemente los niveles de pobreza, que disminuyó las tasas de mortalidad, que aumentó sustancialmente los niveles de alfabetización, que promovió el acceso a la vivienda, a la salud, al crédito, que promovió como nunca el acceso a la educación, y que ha mantenido, en los últimos 30 años, una relación formal al mundo de la política, en el marco de procesos democráticos sostenidos.

Así mismo -y no se puede obviar indican los autores- se trata una sociedad chilena que ha promovido estos procesos, hoy como ayer, sobre la base de profundos niveles de desigualdad económica y de trato, asimetrías en el ejercicio del poder en sus diferentes dimensiones, que sin embargo pugnan y se tensionan con la cada vez más fuerte necesidad, por parte de los actores, de una democratización del lazo social que se ofrezca como límite a la extendida experiencia de abusos⁷⁵. En este marco de consideraciones, la revolución económica y la revolución en torno a la democratización del lazo social, serán los dos acontecimientos estructurales que operan como telón de fondo para una comprensión contemporánea de lo popular, pero, sobre todo, de

las individualidades populares, puesto que esos cambios estructurales habilitarían un momento histórico desde donde se empuja hacia una comprensión menos homogénea de este grupo social, y mucho más plural y singular de la experiencia de quienes lo componen. Con todo, será en atención a la vez de estas dos operaciones que lo popular comenzará a ser inteligible en esta mirada, enfatizando la inclinación individualizada de las experiencias de los actores.

LA CRISIS DE LA IDEA CLÁSICA DE SOCIEDAD PARA COMPRENDER LO POPULAR

En este planteamiento, la sociedad que habita el individuo popular del siglo XXI será considerada, como hemos indicado, a la luz de las transformaciones estructurales identificadas. Si con todas las diferencias existentes, lo que tanto el planteamiento de la marginalidad como el de la superpoblación relativa mantuvo a la base y de forma constante, fue la idea clásica de sociedad. Desde esas miradas la noción de sociedad moderna se sostuvo tanto como un ideal anhelado que no termina de llegar, o bien como una estructura social que aplasta la existencia de quienes viven en condición de subalternidad. En todo caso, ella siempre fue vista, en su representación teórica y conceptual, como un sistema, como una totalidad, como una estructura profundamente organizada que se impone, como un todo formado de jerarquías y niveles imbricados entre sí, y que, bien aceitado el sistema en cada uno de sus engranajes, habilita el funcionamiento de la vida social en la medida en que la operatoria

⁷⁴ Araujo y Martuccelli, "Las individualidades populares...", 92.

⁷⁵ Ídem., 91.

tiende al ajuste entre acción y estructura, entre motivaciones y sistema social⁷⁶.

Pues bien, es justamente esta la representación teórica de sociedad la que se ve profundamente modificada en la perspectiva que atiende a las individualidades populares, porque se comprende que la vida colectiva ya no se presenta más bajo este prisma. Las transformaciones sociopolíticas acaecidas en las últimas décadas habrían cambiado su fisonomía: presentándose cada vez menos como un “organismo”, la sociedad pluraliza sus modos de organización, vuelve sumamente heterogéneos los niveles y los espacios que debe coordinar, a la vez que disemina por doquier una multiplicidad de conflictos y tensiones -irritaciones- que permean la vida colectiva de los actores⁷⁷. Lo anterior, que ha sido entendido en este enfoque como la “crisis de la idea clásica de sociedad”, aparece en los trabajos de investigación de diferentes modos: desde la proliferación de incongruencias estatutarias, pasando por la identificación cada vez más generalizada de ambivalencias normativas, hasta contradicciones de hábitos al interior de un mismo grupo, incluso dentro de una misma clase social. En una palabra: se estaría en presencia de una sociedad altamente fisionada, imposibilitada las más de las veces de producir “ajustes posicionales” entre la estructura y el individuo, entre la acción y el sistema⁷⁸. En ese sentido, las sociedades relevadas tanto por la teoría de la marginalidad como por la del conflicto de clase serían profundamente

anacrónicas a nuestro tiempo, en la medida en que sus características fundamentales se han ido desdibujando conforme pasaron las décadas y se suscitaron los procesos de cambio social.

Al respecto, dos elementos son importantes de comprender: si los elementos normativos y valóricos de ayer entraron en declive, esto corrió progresivamente a la par que un debilitamiento institucional de instancias otrora fundamentales (la iglesia, la familia, la escuela, el trabajo). En la sociedad contemporánea, si los valores y las normas no habilitan una construcción de roles homogéneos a partir de los cuales los individuos puedan socializarse, las instituciones, por su parte, ya no logran instituir adecuadamente la vida en sociedad, esto es, acoplar la variedad de aspiraciones personales a oportunidades objetivas⁷⁹. En este planteamiento, el hecho de que la sociedad de nuestro tiempo experimente un profundo problema de desinstitucionalización, equivale a decir que el clivaje conceptual que comunica valores, que se transforman en normas, que se actualizan en roles bien específicos, en el marco de instituciones fuertes que los sostienen y orientan, no es ya más el clivaje único ni el más adecuado como modalidad de interpretación general de la sociedad, y del mundo popular, en particular⁸⁰.

Respecto a la sociedad que alberga las individualidades populares en el presente, el análisis ofrece un lugar importante a las

76 Martuccelli, *Cambio de Rumbo...*, 7.

77 Araujo, *Habitar lo social...*, 32.

78 Kathy Araujo y Danilo Martuccelli, *Desafíos Comunes. Retrato de la sociedad chilena* (Santiago: LOM ediciones, 2012), 123.

79 Danilo Martuccelli y José Santiago, *El desafío sociológico hoy. Individuos y retos sociales* (Santiago: CIS, 2017), 120.

80 Araujo y Martuccelli, “Las individualidades populares...” , 79.

transformaciones experimentadas en el mundo del trabajo, ámbito tanto más relevante de observación cuanto que, en torno de él, se hizo inteligible la cuestión popular con un énfasis colectivista y de clase social en períodos anteriores, tal como lo hemos identificado con las propuestas de Teresa Valdés y Carlos Piña, respectivamente. Si bien la desinstitucionalización ha sido descrito como un proceso generalizado en esta perspectiva de la individuación, vale decir, que afecta a los diferentes campos de la existencia y a una diversidad de grupos sociales, en el orden del trabajo este proceso se expresaría profusamente, materializándose en un sinnúmero de instancias: en la flexibilidad laboral, en la competencia generalizada entre los trabajadores, en las transformaciones en el sentido del trabajo, en el sobre requerimiento laboral, en los puestos laborales inestables, en las culturas y climas de trabajo marcados por el conflicto y la irritación, en la multiactividad para la sobrevivencia, y en una cultura del trabajo-sin-fin en que se promueven insistentemente exigencias cada vez más individualizadas⁸¹. Se refuerza desde aquí que la consecuencia inmediata de ello sería la producción de un individuo entendido como “hiper actor”, las más de las veces obligado a mantener un mínimo de consistencia posicional, en un mundo cada vez más incierto e inestable; pero el efecto complementario sería la emergencia de un importante “sentimiento de desasosiego en los individuos”, cuando se experimenta una vida siempre cada vez más tensionada, justamente, por la desestabilización que traduce, a nivel de la experiencia del actor,

el conjunto de transformaciones que desinstitucionalizan la vida.

Con todo, si la idea clásica de sociedad se visualiza desde este planteamiento como estando en crisis, esto no quiere decir que se prescinda de esta noción o incluso que se deseche la idea de estructura social; ocurre más bien que éstas se resemantizan: antes que un sistema internamente organizado, la sociedad será vista como un conjunto de desafíos estructurales históricamente producidos, pero desigualmente distribuidos, ante los que las personas deben hacer frente recurriendo para ello a una multiplicidad de recursos, y una variedad de estrategias⁸². Lo importante: en el empeño de hacer inteligible la sociedad a escala de los individuos, aquella se presenta menos como un todo homogéneo, que como una pluralidad de retos mayores que deben ser atendidos desde la singularidad de los actores. Y, por su puesto, esto vale para una comprensión de los actores populares.

LAS INDIVIDUALIDADES POPULARES EN EL CHILE CONTEMPORÁNEO

La noción de individuo que moviliza esta perspectiva sufre un cambio importante respecto de las perspectivas clásicas utilizadas por la teoría social, abriendo camino desde ahí a una comprensión novedosa. En este enfoque, el individuo ya no se presenta como un reflejo de la sociedad, vale decir, como un actor que se juega las cartas de la integración vía socialización⁸³, sino como actor que realiza siempre un importante

81 Araujo y Martuccelli, “Las individualidades populares...”, 91.

82 Araujo y Martuccelli, *Desafíos Comunes...*, 15.

83 Martuccelli, *Cambio de Rumbo...*, 7.

trabajo para enfrentarse a los desafíos que su sociedad le plantea, haciendo todo lo posible por salir bien parado y mantener grados de consistencia⁸⁴. Se sostiene que en una escena social que debilita el rol de los soportes institucionales, este trabajo declina las más de las veces en orientaciones sumamente individualizadas, no siendo el actor popular la excepción. Es justamente por esta concepción de individuo que debe movilizarse para enfrentar los desafíos que la sociedad le impone, que la perspectiva refuerza la necesidad de atender, desde abajo, la modalidad de presentación y funcionamiento de las experiencias⁸⁵.

En esta línea de consideraciones, tres características de la individualidad popular han sido identificadas, en el marco de un verdadero programa de investigación de largo aliento: a) la fuerza personal, b) la habilidad personal, y, c) el goce y la irreverencia vital que muestra este actor. Por su puesto, estas características no habrían de ser comprendidas como atributos “idiosincráticos” del actor popular, como lo articulara la perspectiva de la DESAL, ni como signos de la pura posición en el sistema productivo, como en la perspectiva histórico-estructural, sino como modalidades sociohistóricamente ac-

tualizadas y movilizadas por los individuos para enfrentar los desafíos que la sociedad hoy les impone.

En primer lugar, en el marco de una sociedad fisiónada que produce desajustes posicionales de manera permanente, se detecta que el individuo popular ha de presentar a menudo una fortaleza personal que le permita enfrentar los requerimientos de la vida⁸⁶. En este punto, la idea que sobresale es la del “carácter fuerte”, cualidad del actor que habilitaría la posibilidad de no ser pasado a llevar por diferentes instancias en que el abuso de poder se vive de manera cotidiana. Siendo apreciado por los autores incluso como un aspecto común de clase, el individuo perteneciente al sector popular de la sociedad expresa en ese carácter fuerte una modalidad para sobreponerse a los embates de la vida: desde ahí él se afirma a sí mismo y los suyos, desde ahí porfía, se defiende, interpela al sistema, e insiste en sus propósitos, como si se tratara de un empuje moral. En una sociedad chilena contemporánea que promueve agravios, la fortaleza personal opera como modalidad de acción individual que permite hacerse respetar ante los otros y las instituciones que le rodean. Menos apreciados en tanto que individuos

84 Araujo, *Habitar lo social...*, 38.

85 La noción de “experiencia” amerita una breve detención conceptual dada su extendida utilización en la perspectiva de la individuación en la comprensión de lo social. Desde ella, y muy en sintonía con lo propuesto por François Dubet, se comunica no la exposición “desnuda” de un individuo a un acontecimiento específico, sino la “elaboración” que el actor puede realizar respecto de las múltiples situaciones que experimenta como problema o desafío. En ese sentido, una experiencia es siempre una hechura significativa para el individuo, que ha sido elaborada gracias a los elementos culturales y sociales disponibles en un momento histórico determinado. En estas elaboraciones se jugarán no solamente las posibilidades de estabilidad y representación del mundo circundante, sino también la visión que se pueda realizar de uno mismo y de las acciones que emprende. Con todo, la relación al mundo en tanto que experiencia es menos el asunto de “lo vivido”, que la cristalización simultánea de elaboraciones por parte del actor, saberes cotidianos sobre lo social que se desprenden de tales elaboraciones, así como prácticas y relaciones con uno mismo y con los demás que orientan el actuar tanto como lo limitan. Es en este sentido que debe interpretarse que la relación del individuo a la estructura social es una relación de experiencia social, en que el individuo ha de elaborar el modo de enfrentar los desafíos que la sociedad impone. Ver: François Dubet, *La experiencia sociológica* (Barcelona: Gedisa, 2007).

86 Araujo y Martuccelli, “Las individualidades populares...” , 93.

pasivos y culturalmente inadaptados -como fue en el caso de perspectiva de la marginalidad-, y menos concebidos como actores que participan de una posición colectiva que los soporta con fines sociopolíticos para la transformación social -como fue en el caso del enfoque estructural-, las individualidades populares buscan en un trabajo de fortalecimiento de sí mismo el punto de fuga para sortear los embates de la vida en el marco de una sociedad que agobia⁸⁷.

En segundo lugar, se ha identificado que tal fortaleza de carácter ha de complementarse con la cualidad de la “destreza personal”, un modo particular de relación al mundo que permite al actor popular desenvolverse con astucia en las diferentes instancias⁸⁸. Comunicada por los autores de esta perspectiva incluso como un “elogio a la capacidad” del individuo, tal actitud se traduce, en la práctica, en un gesto siempre importante: aprovechar las oportunidades que la vida ofrece. En un tiempo histórico en que todo bienestar aparece obliterado, y en una sociedad que se vive con importantes niveles de desasosiego, aprovechar las oportunidades que ofrecen las instancias, por acotadas y puntuales que sean, aparece como un recurso pragmático ineludible para los miembros del sector popular. Apreciado desde las experiencias de los actores que analiza este planteamiento, la valoración de las habilidades personales se expresa en un sinnúmero de referencias bastante elocuentes: se trata de actuar a veces con prudencia y otras con sagacidad, de hacer funcionar el olfato, de transitar con

una cierta desenvoltura que no impide, sin embargo, mantenerse alerta respecto de los peligros de la sociedad, que están siempre a la orden del día. En este sentido, como se refuerza en esta mirada, el mundo de las individualidades populares sería aquel de “los vivos”, de los que rápidamente captan la escena con flexibilidad, el mundo de la navegación prudente pero atenta por los desafíos⁸⁹; en fin, el mundo de los que intentan salir jugando.

Por último, este enfoque de trabajo ha consignado un tercer elemento que daría cuenta de la inclinación individualizada de los actores populares para hacer frente a los retos de la sociedad: lo que ha sido denominado como “goce e irreverencia vital”⁹⁰. Si la fortaleza de carácter aparece como el recurso para resistir a los abusos, y la habilidad personal como modalidad para aprovechar pequeñas oportunidades en una sociedad que más bien las limita, el goce y la irreverencia del actor aparecen como modalidades relacionales específicas para tramitar las adversidades que impone la vida. En una sociedad que se habita cotidianamente como injusta y desigual, una cierta predisposición festiva de la vida se sostiene en este actor, la que no deja de actualizarse en la forma del disfrute. En ello una cierta “frescura ante la vida” opera como denominador común. Frescura vital hedonista, dicen los autores de este planteamiento, cuando el humor atraviesa la vida aun en los momentos en los que ella se nubla; una suerte de imperativo moral de goce: la dureza de la vida se sobrelleva menos

87 Araujo y Martuccelli, “Las individualidades populares...”, 94.

88 Ídem., 95.

89 Ídem., 96.

90 Ídem., 98.

con desesperanza o desaliento, menos con participación en instancias colectivas, que con el despliegue de la desenvoltura, risa y juego⁹¹.

Con todo, y bien apreciado, el empeño por generar una comprensión de las modalidades a partir de las cuales se actualizan las formas de la individualidad popular, en este enfoque, dice menos relación con ofrecer un conjunto de atributos esenciales del actor, que de habilitar una comprensión de la sociedad pasando, primero, por las experiencias. La razón histórica de tal empeño: las profundas transformaciones sociales que ha experimentado la sociedad en las últimas décadas, con lo de favorable y negativo que esto pueda comportar, obliga a los autores de esta tercera escena a asumir que es el individuo el que es colocado en el centro de atención, en un tiempo de profundas desestabilizaciones posicionales, de importantes desdibujamientos de los soportes institucionales, y, derivado de lo anterior, de una cada vez mayor transferencias de las responsabilidades, justamente, hacia los individuos. La razón teórica subyacente: la perspectiva argumenta no poder sino estar a la altura de los tiempos, en que tanto la idea clásica de sociedad entendida como un todo integrado, así como la noción clásica de individuo comprendido como el reflejo de su sociedad, han entrado en crisis. Asumir esta crisis implicaría asumir también la necesidad de modificar el punto de vista, abrazando una lectura de la sociedad, a escala de la singularidad que las experiencias comunican⁹².

Y la razón sociopolítica, por último: en el marco de una sociedad que ha vivido a la par dos revoluciones, una económica y otra relativa al anhelo de la democratización del lazo social, y que, en su conjunto, han implicado la emergencia de múltiples asimetrías del poder (el abuso, la desigualdad social y de trato), los individuos populares se viven no solamente en el contexto de un registro siempre menos colectivizado, sino, además, con tonalidades cada vez más existenciales⁹³, allí donde lo que se encuentra tensionado es el sentido mismo de la vida. Es desde ahí que se ha reforzado que ofrecer una respuesta comprensiva acerca de la pregunta qué sociedad habita hoy el actor popular, aparece como un imperativo ético-intelectual.

CONSIDERACIONES FINALES

“Lo popular” -se habrá apreciado- ha operado al interior de las ciencias sociales, ayer y hasta nuestros días, como un articulador analítico clave para pensar importantes problemas de la sociedad chilena y latinoamericana. Casi se podría decir que las tres grandes preguntas que Ignacio Martín-Baró comunicara en su momento acerca de los estados de ánimos que han movilizado a las ciencias sociales, son preguntas que han permeado también la preocupación por la realidad de los sectores populares: ¿qué nos mantiene *unidos* a un orden social establecido? ¿qué nos *integra* a ese orden? y ¿qué nos *libera* del desorden de la sociedad contemporánea?⁹⁴. De algún modo, las diferentes descripciones, los énfasis específicos, los particulares anudamientos

91 Araujo y Martuccelli, “Las individualidades populares...”, 99.

92 Araujo y Martuccelli, *Desafíos Comunes...*, 20.

93 Araujo y Martuccelli, “Las individualidades populares...”, 103.

94 Martín-Baró, *Acción e ideología...*, 41.

conceptuales, y las singulares tomas de posición de los autores que hemos revisado en torno de este término, habilitan un tránsito por aquellas elementales interrogaciones que son, al mismo tiempo, verdaderas preocupaciones político intelectuales por el tiempo que tocó vivir, tal como ha ocurrido con planteamientos contemporáneos que, desde otros puntos de vistas, se han focalizado, por ejemplo, en el problema de la subalternidad, del feminismo, las vulnerabilidades y lo común, planteamientos que, de algún modo, circulan y conectan con el problema de lo popular, habilitando, sin embargo, una discusión global⁹⁵.

Tal vez por lo mismo, por responder a preguntas elementales pero diferentes de acuerdo con los momentos históricos en que adquieren inteligibilidad, cabe indicar en estas consideraciones finales que “lo popular”, en su concepto, se puede entender, primero y, ante todo, como la movilización intelectual y política de miradas, de puntos de vistas acerca de determinadas formas de vida y su relación con la sociedad que las instituye, y mucho menos que como un objeto de conocimiento atemporal y transhistórico, que cabría deslegitimar o bien romantizar. Si incluso su utilización ha resistido el pasar de las décadas, desde los años 50 hasta nuestros días, en verdad no se trata del mismo objeto de preocupación el que se comunica en uno y otro caso, en uno y otro momento. Este

énfasis cabe realizarlo sobre todo pensando en los propósitos de nuestro empeño, aquel de examinar las diferencias y contornos que tramita un término -lo popular-, cuando a menudo pareciera que con él siempre se habla de lo mismo, y que, a propósito de él, siempre se entiende lo mismo.

Pero, bien visto, los tres marcos analíticos acerca de lo popular que hemos examinado en este trabajo son tres miradas, tres objetos, y tres preocupaciones históricas diferentes, aunque comunicadas internamente; y no vale lo mismo entonces cuál se privilegie, cuál se asuma, e incluso cuál se defienda. De este modo, las diferencias que tramita el término en cada escena son tan importantes que no se vale tampoco realizar una suerte de mezcla apresurada, allí entonces donde, al mismo tiempo y sin distinciones, las tres se privilegian, las tres se asuman, y las tres se defiendan; el punto de vista conceptual del que se participa no es una solución de compromiso, es un modo de habitar la sociedad, y habitar es ver, aproximarse, sentir, tocar aquello que se investiga.

De modo que, en tanto que miradas, las escenas conceptuales presentadas en este trabajo distinguen no solamente qué significa aproximarse a lo popular en momentos históricos disímiles, sino que implica habitarlas articulando todo un trabajo conceptual que, a la base, supone concepciones de sociedad, de

95 Solo a modo de ejemplo y consideración, y aunque planteados los problemas desde otros puntos de vistas, el trabajo de Spivak (2003) respecto de las posibilidades de enunciación propia de los sectores subalternos, el trabajo de Butler (2020) acerca de la relevancia del reconocimiento de la vulnerabilidad como condición ontológica relacional para pensar un fortalecimiento de la democracia, o el trabajo de Dardot y Laval (2015), sobre lo común, se presentan todas como iniciativas importantes que abren puntos de conexión para una discusión global entre lo popular y los dilemas contemporáneos que se presentan al punto de vista crítico de la teoría social. Véase: Gayatri Chakravorty Spivak, “¿Puede hablar el subalterno?”, en *Revista Colombiana de Antropología* 39 (Bogotá 2003); Judith Butler, *La fuerza de la no violencia* (Barcelona: Paidós, 2020); Christian Laval y Pierre Dardot, *Común: Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI* (Barcelona: Gedisa, 2015).

individuo, y acerca de sus relaciones posibles. No es lo mismo aproximarse a él entendiéndolo como “marginalidad urbana”, es decir, como un mundo totalmente escindido en que el parámetro de la comparación es el mundo de la modernidad cultural y política al que hay que “integrarse” -Vekemans-, que concebirlo como problema de “economía política”, en que la posición de “subalternidad” responde más al buen funcionamiento del sistema capitalista, que a una profunda anomalía de su desenvolvimiento -Valdés y Piña-; pero tampoco es lo mismo aproximarse a él considerándolo como un grupo social en que las “individualidades” se exacerban producto de las importantes transformaciones estructurales de la sociedad del último tiempo -Araujo y Martuccelli-.

Al nivel de la comprensión de los actores populares ocurre otro tanto. No es lo mismo entender al individuo de este grupo social como “incapaz” de integrarse a la sociedad del desarrollo producto de “deficiencias psicosociales” al nivel de su introyección de valores, normas o actitudes, que visibilizarlo como un personaje que, participando de la sociedad, lo hace siempre movilizándolo con estrategias colectivas de “sobrevivencia” cotidiana porque el sistema productivo no lo alcanza a posicionar como “fuerza productiva formal”; pero no da lo mismo comprenderlo tampoco como aquel sujeto que no deja de realizar un importante “trabajo sobre sí mismo” para enfrentar los desafíos que impone su sociedad. Como hemos podido apreciar, en cada caso, en cada escena, el individuo popular cambia de rostro, puesto que, de nuevo, son las miradas conceptuales las que cambian. Por su puesto, entre las diferencias identificadas hay vasos comunicantes, líneas

de continuidad, y puntos de aproximación, pero tales persistencias no deben hacernos perder de vista lo esencial: las nociones de sociedad y de individuo que movilizan los enfoques, así como las preocupaciones históricas a los que los tres planteamientos responden, son, con todo, verdaderos tres momentos singulares de lectura de lo popular. Y hacer lectura de nuestro presente implica estar atento de tales matices: por ello, la relevancia de nuestra perspectiva genealógica.

Por supuesto, respecto de cada planteamiento es posible generar preguntas que sigan alimentando un ánimo de comprensión al respecto, sobre todo considerando que muchas de las claves de lectura de ayer siguen teniendo vigencia hoy, y sobre todo considerando que una comprensión pertinente siempre pasa por un vínculo entre el trabajo histórico de las ciencias sociales y una labor detenida y pausada de conceptualización. Respecto de la perspectiva de la marginalidad ¿no es acaso posible pensar en que cierto sustrato de modernidad ya habitaba en aquellos sectores populares concebidos como estando radicalmente al margen del progreso y el desarrollo? Respecto de la perspectiva de clases sociales ¿qué lugar ocupa la individualidad y la diferenciación interna de los actores respecto de un grupo social que fue concebido siempre como anclado en una escena colectiva de asociación? Pero, sobre todo, respecto de la perspectiva de la individuación ¿qué lugar es posible ofrecer, en la interpretación conceptual, a la dimensión colectiva de la vida, incluso a la dimensión de las responsabilidades y obligaciones colectivas, en un tiempo en que las singularidades individuales se exacerban producto del declive de los soportes institu-

cionales? ¿qué lugar conceptual tiene, ya no el trabajo de los individuos, sino el quehacer de lo colectivo en la comprensión de la vida popular? Tales preguntas se tornan imprescindibles de abordar desde una perspectiva genealógica, que considera no solo el pasado de nuestras preocupaciones por la movilización popular, sino, sobre todo, el presente de nuestro tiempo histórico.

Quedará a cada lector tomar posición, como lo ha hecho, con sus luces y sombras, ayer Vekemans, Piña, Valdés, o Martín-Baró, y hoy, Araujo y Martuccelli, siempre con suma sensibilidad por *lo popular*.

BIBLIOGRAFÍA

Araujo, Kathya. 2009. *Habitar lo social: Usos y abusos en la vida cotidiana en el Chile actual*. Santiago: LOM ediciones.

Araujo, Kathya y Danilo Martuccelli. 2012. *Desafíos comunes: Retrato de la sociedad chilena*. Santiago: LOM ediciones.

Araujo, Kathya y Danilo Martuccelli. 2015. “Las individualidades populares: Análisis de sectores urbanos en Chile”, en *Latin American Research Review* 50/2 (Cambridge): 199–221.

Butler, Judith. 2020. *La fuerza de la no violencia*. Barcelona: Paidós.

Canales, Manuel. 2022. *La pregunta de Octubre: fundación, apogeo y crisis del Chile neoliberal*. Santiago: LOM ediciones.

Delfino, Andrea. 2012. “La noción de

marginalidad en la teoría social latinoamericana: surgimiento y actualidad”, en *Universitas Humanística* 74 (Bogotá): 17–34.

Dubet, Françoise. 2007. *La experiencia sociológica*. Barcelona: Gedisa.

Fauré, Daniel. 2021. “‘No son nadie, no hacen más que estar, poblar un pequeño pedazo de tierra, que es tierra de nadie’: Teoría de la marginalidad, promoción popular y sectores urbano populares durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (Chile, 1964-1970)”, en *Cuaderno de Trabajo Social* 1/16 (Santiago): 133-156.

Foucault, Michel. 1997. “Nietzsche, la genealogía, la historia”, en *Microfísica del poder*, Michel Foucault, 7-29, Madrid: La Piqueta.

Garcés, Mario. 2002. *Tomando su sitio: El movimiento de pobladores de Santiago 1957–1970*. Santiago: LOM ediciones.

Giraudier, Élodie. 2015. “Los católicos y la política en Chile en la segunda mitad del siglo XX”, en *Revista del CESLA. International Latin American Studies Review* 18 (Varsovia): 213–237.

Laval, Christian y Pierre Dardot. 2015. *Común: Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Barcelona: Gedisa.

Larraín, Jorge. *Identidad Chilena*. 2001. Santiago: LOM ediciones.

Martín-Baró, Ignacio. 2015. *Acción e ideología: Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA.

Martuccelli, Danilo. 2010. *Cambio de rumbo: La sociedad a escala del individuo*. Santiago: LOM ediciones.

Martuccelli, Danilo y José Santiago. 2017. *El desafío sociológico hoy: Individuos y retos sociales*. Madrid: CIS.

Moulian, Tomás. 1991. “Historicismo o esencialismo.” *Proposiciones* 20 (Santiago): 288–289.

Piña, Carlos. 1987. “‘Lo popular’: notas sobre la identidad cultural de las clases subalternas”, en *Espacio y poder: Los pobladores*, (ed.) Manuel Antonio Garretón, 31–45, Santiago: FLACSO.

Richard, Nelly. 2024. *Tiempos y Modos. Política, crítica y Estética*. Barcelona: Paidós.

Spivak, Gayatri Chakravorty. 2003. “¿Puede hablar el subalterno?”, en *Revista Colombiana de Antropología* 39 (Bogotá): 297–364.

Valdés, Teresa. 1982. *Poblaciones y pobladores: Notas para una discusión conceptual*. Santiago: FLACSO.

Vekemans, Rogers e Ismael Silva. 1967. *Marginalidad en América Latina: Un ensayo de diagnóstico*. Barcelona: Herder.

